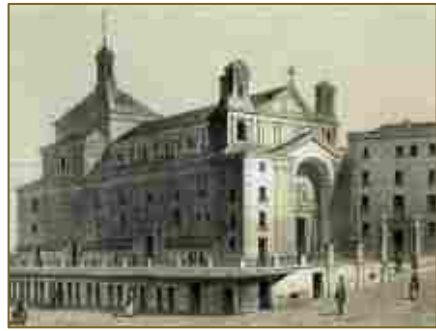


El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 727 Martes 7 de Marzo de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Moción de censura urgente**, *Ricardo Martínez Cañas*
- ✚ **Municipionar al adversario**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Un Tío Gilito cutre y socialista**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Dalí explica la guerra civil**, *Tomás Salas*
- ✚ **De fueros, duendes y el arca de Noé**, *Jesús Laínz*
- ✚ **El principio del éxodo**, *Alfonso Ussía*
- ✚ **Un gobierno hostil a la libre empresa**, *Jesús Cacho*
- ✚ **«Caso Mediador»: prostitución e hipocresía**, *Guadalupe Sánchez*

Moción de censura urgente

Ricardo Martínez Cañas

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid

La moción de censura propuesta por los diputados de Vox contra el Gobierno que preside Pedro Sánchez ha suscitado un aluvión de críticas. Se critica, por una parte, la diferencia entre las ideas defendidas por Vox y las atribuidas al ex-comunista Ramón Tamames, que se propone como candidato a la Presidencia del Gobierno; por otra, la avanzada edad de éste; y, sobre todo, que esta moción no cuenta, en principio, con votos suficientes para desplazar al actual Gobierno, por lo cual, se dice, no puede resultar constructiva.

Tales críticas, casi siempre interesadas, parecen considerar que, dada la prevista insuficiencia de votos para ganar esta moción, es preferible renunciar a plantearla que hacerlo en esta forma. Pero es evidente que la insuficiencia de votos es lo habitual en las mociones de censura, casi nunca ganadas. Y, por otra parte, si bien es cierto que esta moción de censura parece plantearse así tras varios intentos fallidos de hacerlo en otras circunstancias, esas posibles diferencias ideológicas y la edad avanzada del Candidato indican que esta moción de censura se considera urgente y necesaria desde distintas ideas y edades. Su propuesta, parece decirse, debe hacerse lo mejor que se pueda,

pero debe hacerse. Si al fin se logran votos para ganarla, se cortaría inmediatamente la destructora acción del actual Gobierno, y las posibles diferencias ideológicas entre los proponentes y el señor Tamames no conllevarán problema, ya que se trata de convocar elecciones inmediatamente. Y si la moción no obtiene mayoría servirá, al menos, para censurar lo que, desde unas y otras ideas, se estima censurable, para que la gente se entere mejor de lo que hay, y para que, enterada, vote con más fundamento en las próximas elecciones. Después, la sociedad española dirá en las urnas por quienes desea ser representada y gobernada.

Respecto a la avanzada edad del Candidato, 89 años, todos le suelen atribuir una gran lucidez y preparación intelectual, reduciendo sus críticas, quienes las hacen, a que consideran improbable que pueda resistir con suficiente plenitud el esfuerzo que requiere el exponer su propuesta, escuchar a los demás y responderles adecuadamente. Ante estas observaciones, no muy amables ni corteses, baste decir que de momento al Candidato se le ve muy bien, y su falta de resistencia está por ver.

En cuanto a la prevista carencia de votos, también está, o debería estar, por ver. Aunque el actual régimen partidocrático impone graves limitaciones,



pueden pasar muchas cosas. Legalmente, la moción de censura no es propuesta por un partido, sino por un número suficiente de Diputados: «La moción de censura [establece el artículo 113 de la Constitución] deberá ser propuesta al menos por la décima parte de los Diputados, y habrá de incluir

un candidato a la Presidencia del Gobierno»¹. Es decir, estos Diputados podrían sumarse de varios partidos, sin intervención de sus *jefes*. Además, «La moción de censura [según el punto 3 de dicho artículo] no podrá ser votada hasta que transcurran cinco días después de su presentación»; y «En los dos primeros días de dicho plazo podrán presentarse mociones alternativas». Todo lo cual da tiempo y oportunidades para pensar y cambiar de opinión y de voto, en función de lo que se vaya conociendo. Recuérdese que el voto de los Diputados es libre, pues el artículo 67. 2 de la Constitución establece: «Los miembros de las Cortes Generales no estarán ligados por mandato imperativo».

Teniendo esto en cuenta, resulta especialmente extraño que desde el PP, en conjunto, se rechace *a priori* esta moción de censura, ya que, aunque tengan sus razones partidistas, tal rechazo se contradice con su cotidiana y fundada

¹ La Constitución es accesible en <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1978-31229>

afirmación de que el Gobierno, además de sus mantenidos pactos con comunistas, separatistas y bilduetarras, tan contrarios a sus rotundas promesas preelectorales, está ocupando torticeramente todo tipo de instituciones y estableciendo normas sobre el aborto, la sedición, la malversación, la supuesta memoria democrática, la Ley del sólo sí es sí, la *Ley trans*, etc., etc., etc., que procurarán derogar, o corregir, en cuanto lleguen al Gobierno.

Se dice, como explicación, que esa moción será un balón de oxígeno para Sánchez



(al que se sitúa en las últimas como Presidente del gobierno), ya que éste sacará pecho al ganar la votación, cosa que se da por hecha. Es posible que esto ocurra así, dado el interés de quienes lo apoyan en que continúe la permisividad y mercedes que actualmente disfrutan y la sumisión de los Diputados a sus jefes de partido. Pero esa relativa pasividad fatalista ante la ac-

tual destrucción del orden sociopolítico, en lugar de apoyar con sus votos el intento de cortarla ya, puede no ser la opción preferida por sus habituales votantes. Esta moción es para muchos una exigencia moral. Si los votos de los Diputados del PP se ofrecieran, sería más fácil que un número suficiente de Diputados de otros partidos, impulsados por dicha exigencia, votasen a favor, sea por altruista honradez o por considerar que su beneficio será mayor que el daño. Incluso en el particular caso de los Diputados socialistas, resulta que, si los votantes a favor de la moción son en número suficiente, su jefe dejaría de serlo, muy presumiblemente, al ser desplazado del Gobierno, con lo cual no sufrirían represión por votar libremente.

El temor a esa represión partidista es un condicionante que desaparecería si la votación fuera secreta. Pero parece que nuestros legisladores prefieren mantener a los jefes de partido y del Gobierno *con la sartén por el mango*, pues el Reglamento del Congreso de los Diputados, que en el punto 1 de su artículo 85 señala algunos casos en los que «prevalecerá la de votación secreta», establece en su punto 2: «Las votaciones para la investidura del Presidente del Gobierno, la moción de censura y la cuestión de confianza serán en todo caso públicas por llamamiento»².

Esta votación pública encierra una grave autocensura o limitación de la libertad de los Diputados y, por tanto, de su auténtica representatividad de la Nación. Tal limitación se paliaría algo si los partidos dieran libertad de voto a sus Diputados, pues su posible disenso estaría autorizado. Si los partidos no dan sinceramente esa libertad o mantienen sus dogmas y órdenes, debería decirse que los Diputados representan a sus respectivos partidos, que se reservan el derecho a castigarlos por disentir o desobedecer, aunque esto lo haga

² Reglamento accesible en https://www.congreso.es/webpublica/ficherosportal/reglam_congreso.pdf

el Diputado para atender a los dictados de su conciencia y cumplir así su deber constitucional como representante de la Nación.

Municionar al adversario

Manuel Para Celaya

Puede ocurrir que mi habitual sentido del humor esté en horas bajas, porque no me hacen ni siquiera sonreír aquellos textos que, en clave de ironía y/o sarcasmo, tocan aspectos que considero importantes para mí; así, las burlas de doble y amable lectura que menosprecien España en su totalidad o en alguna de las tierras que la integran.

Por supuesto, no he dejado de entender la intención antiseparatista de un asiduo colaborador de *ABC*, Salvador Sostres, catalán él, pero que, con el título de «*Tres taras catalanas*» publica un artículo en ese rotativo, que pretende ser sátira político-sociológica, pero que se convierte en munición para el adversario al que pretende ridiculizar.

El uso abundante de la primera persona del plural («*los catalanes nacemos...*», «*tenemos que...*») y el abundante «*nosotros*» que se encuentran en sus líneas parecen disipar cualquier duda y manifiestan su intención, pero, en realidad, ofrecen a cualquier lector, simple y sencillamente *catalanista*, sin más adjeti-



vaciones de signo ideológico, que se asome, por casualidad o por curiosidad malsana, al artículo aludido, motivos de rechazo y de ganas de alinearse con posturas radicales de inclinación nacionalista.

Para resumir sus palabras, esas «*tres taras*» que parece asumir en su identidad cata-

lana (aunque sabemos que no por su trayectoria) son las siguientes: *no nos cae bien España*, y eso hay que superarlo; *España nos roba*, en política, en economía o en fútbol, y conviene que nos demos cuenta de que no es así; y *somos malos padres*; ante esta última *tara*, no ahorra en despectivos: *enfermitos, hipócritas, narcisistas, mezquinos, egoístas, educadores en el resentimiento...* Repito que una lectura reposada hace evidente el dardo de su mordacidad y de su intención, pero, más que invitar a la reflexión, provoca resentimientos. Por supuesto, habrá catalanes (y andaluces, y castellanos, y vascos...) que adolecen de estas y de otras posibles *taras*, pero da la desagradable impresión de una generalización absurda a todas luces, e –insisto– rearma a un adversario en lugar de aplacarlo o de convencerlo de lo contrario.

Sabemos, por los conocimientos históricos y por la experiencia reciente y actual, que «*en Cataluña hay un separatismo rencoroso de muy difícil remedio*»

(José Antonio Primo de Rivera); y, también, del mismo pensador, que «*la tierra de Cataluña tiene que ser tratada desde ahora y para siempre con amor, con una consideración, con un entendimiento que no recibió en todas las discusiones*»: escrito quedó y, a veces, no cumplido. Pero fue precisamente ABC el que, por aquellos turbulentos años, se despachó con la disparatada ocurrencia de lanzar un «*¡O hermanos o extranjeros!*», lo que equivalía sin dudas a un insulto a la irrevocable unidad española.

Somos legión los catalanes –no entiendo ni hago caso de porcentajes– a los que, no solo *nos cae bien España*, es decir, el conjunto nacional, sino que muchos atesoramos «*un gran sentimiento de españolidad*» (como dice el autor del artículo). Como en la conocida respuesta anecdótica de Yagüe, cuando la propaganda enemiga decía que sus legionarios *eran hijos de cura*, y el respondió: *alguno habrá, pero decirlo de todos...*, ni todos los catalanes (repito: ni naturales de otras regiones) son fervientes patriotas españoles, ni todos son separatistas a ultranza.

Cada vez que escucho o leo el genérico de *los catalanes*, me pongo de los nervios, de modo similar a cuando los libelos de la *Leyenda Negra* acusaban (y acusan) a *los españoles* de mil barbaridades, lo diga López Obrador o el Papa. Porque, si toda generalización es odiosa de antemano, máxime en estos casos, que afectan al propio ser de España o a una de sus partes, que es como si lo dijieran de todas. Algo por el estilo me sucede cuando alguien dice, en clave de *otro tipo de nacionalismo, los europeos*, como si nosotros fuéramos africanos...



El *problema de Cataluña* es un componente más del *problema de España*, ese que sigue sin resolverse; en cuando al nacionalismo separatista, habrá que darse cuenta, de una vez por todas, que es una cuestión bifronte: por una parte, nos encontramos con *la sentimentalidad de un pueblo* («*es un problema difícil de sentimientos*»); por otra, sabemos de una oligarquía que envenena y manipula esta sentimentalidad; a esto último no se suele atender, y no olvidemos que fue precisamente ABC quien declaró a Jordi Pujol «*español del año*»... No hagamos, por torpeza, que ese «*pueblo sentimental*» (también cita joseantoniana) se siga echando en brazos de sus manipuladores.

Cuando vivimos las turbulentas jornadas que se iniciaron en otoño de 2017 (la *siembra* venía de años atrás), muchos catalanes echamos de menos el calor y el apoyo, no solo de los partidos nacionales o de la prensa, sino de otros muchos españoles que creían que su patriotismo equivalía a un *españolismo* de

opereta, y multiplicaban sus agravios a esta parte de España llamada Cataluña.

Algunos creemos firmemente que la única salida posible al problema no radica en más envenenamiento, sino cuando «una nueva poesía española sepa suscitar en el alma de Cataluña el interés por una empresa total, de la que desvió a Cataluña un movimiento, también patriótico, separatista».

Un Tío Gilito cutre y socialista

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Los cargos de los que la juez le acusa son cohecho, falsedad documental, blanqueo de dinero, tráfico de influencias y pertenencia a grupo criminal organizado. Pero eso no impide su libertad. Beneficios de pertenecer al partido de Sánchez

El Tío Gilito, el pato adinerado de Disney, tenía tres sobrinos; el más célebre era el pato Donald. Tito Berni tiene sólo un sobrino conocido al que hizo director general en el Gobierno de Canarias y le unió a su clan, pero cuenta con muchos protegidos. Los nuevos tiempos. El Tío Gilito era tacaño y Tito Berni generoso con el dinero ajeno. El Tío Gilito no esnifaba coca, no iba de putas (hubiese ido de patas), ni organizaba francachelas en restaurantes de lujo burlando la pandemia pues ya digo que era tacaño. El Tío Gilito tenía un carácter bronco mientras Tito Berni es un tipo simpático.



La mayor diferencia acaso sea que el Tío Gilito era un señor pato e iba por la vida con ese señorío de los patos de Disney, mientras Tito Berni es un hortera, de manifestaciones cutres. En Wikipedia aparecen sus estudios de Formación Profesional, rama de Administrativo. Sabemos de él lo que cuentan los medios. Ocupa la actualidad porque supuestamente encabeza una trama para conseguir favores oficiales en beneficio de empresarios deseosos de sacar adelante sus empresas; también solicitaban evitar o desactivar sanciones.

Hasta aquí un anecdotario jocoso. En España la anécdota frecuentemente se hace categoría y pesa lo suyo. Pero lo que me preocupa no es esa periferia sino el fondo de la cuestión. Que el Congreso de los Diputados se convierta en centro de una trama de venta de favores es inaceptable. ¿Qué dice de eso Meritxell Batet? Ni pío. Según declaraciones del llamado Mediador los empresarios que acudían a Tito Berni pasaban por los despachos del Grupo Socialista para hacer sus aportaciones al conseguidor que utilizaba el Congreso

para impresionarles. Alguien recordará el escándalo que produjeron los negocios de Juan Guerra, hermano del entonces vicepresidente del Gobierno, realizados desde un despacho del gobierno civil de Sevilla.

Me preocupa no menos que aparezca involucrado un general de división de la Guardia Civil que a veces recibía a quienes le indicaba Tito Berni en dependencias de la Benemérita. Era como la prueba de confianza que empleaba el jefe del clan para tranquilizar a sus pupilos. Para quienes tenemos demostrado amor y cercanía a la Guardia Civil el golpe ha sido duro. El general de división –claro, no será socialista– está en prisión mientras Tito Berni anda las calles tan tranquilo. La Fiscalía Anticorrupción no pidió ninguna medida cautelar para él, ni siquiera consintió que se registrase su despacho. Puede haber destruido pruebas pero eso a la Fiscalía no le importa. «¿De quién es la Fiscalía?». «Pues eso». ¿Recuerdan aquella frasecita de Sánchez? Pues eso. Los cargos de los que la juez le acusa son cohecho, falsedad documental, blanqueo de dinero, tráfico de influencias y pertenencia a grupo criminal organizado. Pero eso no impide su libertad. Beneficios de pertenecer al partido de Sánchez. Cuando los imputados eran del PP se les detenía entre gran presencia policial y mediática y el asunto abría las noticias televisivas.



Con motivo de esta presunta trama –y digo presunta por la presunción de inocencia mientras los socialistas si les conviene generan la presunción de culpabilidad– a algunos ministros se les ha visto el plumero de la mentira. Una ministra, médico por más señas aunque apuntó a Felipe González el invento de la sanidad pública, qué cosas, acusó al PP de ser el partido más corrupto de España. Y otra ministra aseguró que todo el mundo sabe que el PSOE no es un partido corrupto. Tienen amnesia. Hasta ahora el mayor caso de corrupción en España es el de los ERE de Andalucía. Pero a quienes fueron capaces de apuntalar su moción de censura en una sentencia manipulada por el juez De Prada que luego desmintió el Tribunal Supremo es inútil pedirles la verdad. No había habido condena al PP. El único partido condenado como tal por corrupción es el PSOE por el caso FILESA.

Lo de los corruptos con putas y coca no es nuevo; se dio en el caso de los ERE andaluces. Y ver a los corruptos puteros en calzoncillos de lunares ya nos lo ofreció Roldán. Todos del PSOE. Y Griñán sentenciado y sin pisar la cárcel. Zaplana con una leucemia grave se pasó una larga temporada entre rejas. Pero, claro, no era socialista.

Dalí explica la guerra civil

Tomás Salas

Doctor en Filología Hispánica y profesor de Lengua

Los dos mayores artistas plásticos de España en el siglo xx, Dalí y Picasso, dos luces que brillan con luz propia en esa Edad de Plata de la cultura española, tienen muchos aspectos que los diferencian. Sin entrar en otros matices, aventuro esta distinción: Picasso es un gran creador de imágenes y actúa con una facundia casi inocente, incluso primaria. Para Dalí, su obra es la aplicación de teorías complejas, que dan razón, no sólo del hecho artístico, sino de la sociedad y el hombre. Su método paranoico-crítico, sus contribuciones al surrealismo, su obra escrita son aportaciones teóricas que están en la base de su creación artística. Podría decirse que Picasso es un artista y Dalí es un intelectual.

La lucidez del artista de Cadaqués parece contradecirse con esa imagen estafalaria y provocadora, histriónica y exhibicionista que siempre cultivó. «Dalí es sobre todo un pensador. Como pintor, él se consideraba tirando a mediocre, porque entendía que toda su pintura no era más que una parcela de su cosmogonía» (Agustín Sánchez Vidal, *Dalí*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 37).

Fue evolucionando desde posturas muy contestatarias, en su época de más estrecha relación con los surrealistas (aunque el suyo, como el de Buñuel, fue siempre un surrealismo muy *sui generis*, alejado de la ortodoxia de André Breton y su grupo), a otras posiciones tradicionalistas, a veces reaccionarias.



En las cartas que escribe a su amigo Luis Buñuel desde el hotel St. Moritz de New York a principios de 1939, en la etapa final de la guerra civil, se manifiesta ya claramente ubicado en posiciones con-

servadoras y antirrepublicanas. No comprende el empeñamiento de los líderes republicanos por mantener una guerra que saben perdida. «El acabamiento de los negrines y pasionarias me han producido un pequeño ASCO. ¿Qué les costaba hacerse matar o hacer la paz dos meses antes de que tomaran Tarragona? Todo esto es la apoteosis de la mediocridad». Le cuenta a su amigo las desgracias sufridas por su familia, una familia burguesa que, como tantas otras, ha sido víctima de la violencia revolucionaria. Su hermana ha sido encarcelada y martirizada por los republicanos durante 20 días. Ha quedado destrozada: «se caga en la cama. Imagínate la tragedia de mi padre, al que le han robado todo, tiene que vivir en una casa de huéspedes de Figueras. Naturalmente les mando dólares». A continuación, Dalí muestra las consecuencias de todo esto: «Se ha convertido [el padre] en un fanático adorador de

FRANCO, que considera un semidiós, el *Glorioso Caudillo*, como dice a cada línea de sus delirantes cartas... El ensayo revolucionario ha sido que todo el mundo prefiera a FRANCO» [mantengo las mayúsculas del original]. Así, cuenta el pintor, los antiguos catalanistas, republicanos, anticlericales, todos se apuntan entusiasmados al nuevo régimen, «al menos se puede comer, dormir y no temer ser robado y asesinado».

El padre del artista, notario, de familia burguesa, don Salvador Dalí y Cusí, era republicano y librepensador. Hubiera encajado bien, como una buena parte de la burguesía catalana y española, en una república de corte liberal y laica. Sin embargo, se ve arrastrado por la violencia revolucionaria que no hacía demasiadas distinciones entre republicanos y monárquicos. Como él, muchos apoyaron al llamado bando nacional, más que por motivos ideológicos, por supervivencia, por ser un sistema que garantizaba un mínimo de orden. La figura más emblemática de este fenómeno es el gran político, mecenas y financiero Francesc Cambó. Político situado en el conservadurismo liberal, catalanista moderado y europeísta. Sin embargo puso al servicio de la causa nacional su dinero y sus importantes relaciones nacionales e internacionales. En su epistolario son frecuentes las peticiones de dinero a sus amigos de la elite económica catalana, los Valls Taberner, los Larrañaga, etc. Cambó, como el padre de Dalí, como grandes de la cultura como Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, como tantos otros, no sólo potentados, sino clases, medias, funcionarios, comerciantes, obreros, apoyaron al bando que les podía garantizar su mera supervivencia.

El gran artista ampurdanés se muestra aquí, como en tantos textos y declaraciones suyas, como lo que realmente era, a pesar de sus *boutades*: un lúcido observador, una inteligencia penetrante.

De fueros, duendes y el arca de Noé

¿Sería usted capaz de imaginar que alguna región inglesa gozase de privilegios fiscales basados en las aventuras de Merlín y Uther Pendragon?

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

Durante su periplo literario por Irlanda, Javier Reverte pasó un par de días en las islas Aran, inhóspito archipiélago que cierra la bahía de Galway. Tan aisladas han estado a lo largo de la historia que la plaga de la patata de 1845-49, que mató de hambre a un millón de irlandeses, no les afectó porque el hongo no pudo cruzar hasta allí. «Debió de ser que el bicho no sabía nadar», suelen bromear los isleños de hoy. La patrona de la posada en la que se alojó, una guatemalteca casada con un local desde hacía veinte años, le explicó al recién llegado algunos detalles curiosos de la historia de las islas. Entre ellos, para desmentir la fama de los isleños de tener la sangre más pura de Irlanda, le soltó sin pestañear:

Eso no es tan seguro: casi todos los habitantes de Aran son descendientes de los mercenarios romanos que dejó abandonados en las fortalezas de los archipiélagos el canalla de Cromwell, cuando las islas ya no le hacían falta. ¿No

se ha fijado en sus narices y en lo morenos que son? De gaélicos nada: ¡romanos, son romanos!

Tan airoso disparate recuerda el que recogiera Mariano José de Larra en su viaje a Mérida en 1835. Un paisano le hizo de cicerone:

–Y estas ruinas ¿son muy antiguas?

–¡Vaya!

–¿De los romanos todas?

–¡Qué! Más antiguas, señor, mucho más: de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes..., mucho antes de los romanos.

Al estupefacto Larra le costó aguantarse la carcajada.

Pero la moraleja de la historia va mucho más allá de unas simples anécdotas divertidas, pues, por enorme que sea un disparate histórico, nada impide que sea tenido por serio e incluso que pase a formar parte del ordenamiento jurídico de un país que se supone ilustrado y civilizado. Ese país es, evidentemente, España.



Porque allá por 1340 el portugués Pedro Alfonso escribió su *Livro dos Linhagens*, tratado de genealogía sobre las familias importantes de los reinos de Castilla y Portugal. Amigo de Juan Núñez de Lara y María Díaz de Haro, Señores de Vizcaya, escribió una bella leyenda sobre los orígenes de su estirpe. Para ello se inventó que un tal Froom, hermano del rey de Inglaterra, dirigió a los vizcaínos en una batalla, la de Arrigorriaga, contra un conde asturiano llamado Moniño para no pagarle el tributo de una vaca, un buey y un caballo blancos. Y de ese tal Froom hizo nacer el linaje de los Haro.

Un siglo más, Lope García de Salazar, banderizo y escritor vizcaíno de mediados del siglo xv, la recrearía aportando otros elementos inspirados en relatos de moda en la Europa de aquel tiempo, como el ciclo artúrico. Por ejemplo, el héroe de la batalla, Jaun Zuría, el mítico primer Señor de Vizcaya, sería el hijo de una princesa escocesa y del duende Culebro, un diablo que la preñó mientras dormía.

Un siglo más, Lope García de Salazar, banderizo y escritor vizcaíno de mediados del siglo xv, la recrearía aportando otros elementos inspirados en relatos de moda en la Europa de aquel tiempo, como el ciclo artúrico. Por ejemplo, el héroe de la batalla, Jaun Zuría, el mítico primer Señor de Vizcaya, sería el hijo de una princesa escocesa y del duende Culebro, un diablo que la preñó mientras dormía.

Con el paso de los años, el inventado pacto surgido entre el inventado Jaun Zuría y los vizcaínos tras la inventada batalla de Arrigorriaga sería utilizado como hecho verídico para defender los derechos forales de Vizcaya. Por

ejemplo, en el siglo XVI el fiscal de la audiencia de Valladolid negó la hidalguía universal de los vizcaínos, ante lo cual el Señorío encargó al licenciado Poza la defensa de sus privilegios. Éste escribió su *De Nobilitate in proprietate*, en el que hizo nacer los privilegios forales de los indómitos cántabros de tiempos de Augusto –de los que descenderían los vizcaínos– y de la batalla de Arrigorriaga:

Con esta batalla allanaron y asentaron los vizcaínos su primera y antiquísima libertad que habían gozado desde Augusto César exclusive hasta entonces, ochocientos y más años, y fue esta batalla año de Nuestro Señor 870 y en ese mismo año los vizcaínos levantaron por su señor o caudillo a don Zuria, nieto del rey de Escocia, y le dieron título de señor no absoluto ni soberano sino bajo ciertas capitulaciones y condiciones.

Pasados otros cuatro siglos, algunos diputados vascongados resucitarían la leyenda del nieto del duende Culebro como dato a favor de la conservación del régimen foral. Y Sabino Arana la utilizaría nada menos que como argumento de su primer libro, *Bizkaya por su independencia*, piedra fundacional



del nacionalismo. La imposura quedaría plasmada en el aspa verde de la ikurriña, que inmortalizaría, según explicó su creador, la fantasmagórica batalla de Arrigorriaga como hecho histórico verdadero.

Y como las ideas falsas se pueden traer unas de otras igual que las ciertas, no hay

que olvidar que la leyenda de Arrigorriaga, junto con el mito vascocantabrista y la bobada bíblica de los vascos como descendientes sin mezcla de Túbal, nieto de Noé, es la base de la pretendida especialidad de los fueros vascongados. Dichos fueros, también llamados leyes viejas, aunque supuestamente derogados en el siglo XIX, están recogidos en la Constitución de 1978 bajo la denominación de derechos históricos, y su efecto más importante, aparte del derecho a futuras autodeterminaciones, es el concierto económico que convierte a los vascos en privilegiados receptores de financiación por parte de los demás españoles. A esto nuestros políticos, incluidos muy expresamente los del PP, lo llaman singularidad vasca, singularidad que acaba de ser renovada por el Congreso una vez más y que ha pasado desapercibida entre tantos cotilleos sobre disparates ferroviarios, excarcelaciones de violadores, enchufes, cohechos, mangancias, putas y cocaína.

¿Sería usted capaz de imaginar, fantasioso lector, que alguna región inglesa gozase de privilegios fiscales basados en las aventuras de Merlín y Uther Pendragon? Pues en esta jaula de grillos que llamamos España no hace falta imaginarlo, porque sucede.

El principio del éxodo

Rafael del Pino es el administrador de los intereses de esos miles de inversores que conforman la mayoría de Ferrovial. Y no es un traidor, ni un egoísta, ni un antiespañol. Es el responsable de los bienes depositados en su confianza

Alfonso Ussía (*E Debate*)

Rafael del Pino Calvo-Sotelo, presidente de Ferrovial, se ha convertido en la diana de los mamarrachos del Gobierno. Trasladará la sede de su poderosa sociedad a los Países Bajos, de soltera Holanda. Antipatriota, no comprometido con España, y demás lindezas le han dicho. La comisaria Calviño ya ha recibido una suerte de mandobles argumentales que han menguado su incomprensible petulancia. Y Sánchez, y la Belarra, y la Chiqui Montero, y la gallega melosa y analfabeta... Un barullo para desviar la aten-



ción ciudadana del caso del Tío Berni, las cenas en la pandemia, los puticlús, la droga, y los diputados y senadores socialistas que participaron en aquellas suculdades escandalosas. Excepcionalmente a la Belarra y a Yolanda Díaz, que no tienen la obligación de saber nada de nada, el resto conoce perfectamente la composición del accionariado de las grandes empresas europeas y americanas. En España, al mar-

gen de Inditex y Mercadona, todos sus bancos, grandes constructoras, empresas energéticas y demás monstruos de nuestra economía, pertenecen en su mayoría a los fondos de inversión. Rafael del Pino, hijo del fundador y presidente de Ferrovial, es tenedor de un importante paquete de acciones de Ferrovial, pero insignificante ante los fondos de inversión, auténticos propietarios de la empresa. Como el Banco de Santander. Ana Botín es la presidente, pero si los representantes de los fondos de inversión americanos lo estimaran conveniente, su presidencia, como la de Rafael del Pino, o la de Florentino Pérez, o la de Carlos Torres en el BBVA, durarían menos que una publicación pornográfica en las puertas de la sede del PSOE. Los dueños de las grandes empresas son los inversores anónimos que invierten su dinero a través de los fondos de inversiones. Y esos fondos de inversiones, como ha escrito Ramón Pérez-Maura, no confían en el Gobierno de España, ni en su deriva socioeconómica, ni en su seriedad, ni en su futuro. La decisión de Rafael del Pino en Ferrovial ha sido consecuencia de la obediencia que debe a la mayoría de sus accionistas. Los fondos de inversión. Y no será el único que adopte esta medida. El cambio de sede de Ferrovial a Holanda marca el principio del éxodo de muchas empresas españolas.

Nos ha escrito Ramón Pérez-Maura de John Bolton, embajador de los Estados Unidos en la ONU, consejero de Seguridad Nacional, y hoy, consejero de uno

de los mayores fondos de inversión norteamericanos. Ramón Pérez-Maura entrevistó a Bolton en *El Debate* en el verano pasado. Y un inversor español le preguntó a Bolton si él no animaría a invertir su dinero en España. Y a la respuesta, Bolton le dio la figura de tres preguntas. ¿Cómo voy a recomendar a nadie que invierta su dinero en el único país de Europa que tiene comunistas en el Gobierno? ¿Cómo voy a animar a nadie que ponga su dinero en un país en el que el Gobierno es sostenido por un partido creado por terroristas que asesinaban hasta hace nada? ¿Cómo voy a sugerir a nadie que ponga su capital en una nación cuyo Gobierno es sostenido por los que quieren romper esa nación?

Claro y transparente como el agua.

Definición de nuestro estado de putrefacción, que hiede y atemoriza.

Buena aportación de un gran personaje, Ramón. Te copio, porque en esas tres preguntas de tu invitado John Bolton, está la respuesta de los que no saben preguntarse y menos aún, responderse.

Rafael del Pino es el administrador de los intereses de esos miles de inversores que conforman la mayoría de Ferrovial. Y no es un traidor, ni un egoísta, ni un antiespañol. Es el responsable de los bienes depositados en su confianza.

Primer paso del éxodo. La gentuza que nos gobierna ha perdido toda su credibilidad. Y el dinero sí es egoísta y apátrida. John Bolton lo ha dejado suficientemente claro.

Un Gobierno hostil a la libre empresa

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Azote de esos «poderes ocultos» del mundo del dinero que manejan a su antojo a la derecha y conspiran sin descanso contra «el Gobierno de la gente», Pedro Sánchez-Pérez Castejón está siempre dispuesto a recibir en Moncloa a cualquier oligarca extranjero que lo pida, ya sean millonarios americanos dedicados a la caridad del cambio climático, jefazos de los fondos de inversión, capos de las tecnológicas del Silicon Valley o tycoons de multinacionales farmacéuticas. Siempre dispuesto a ver qué cae en el cesto. Lo contaba aquí Fernando García-Romanillos el 12 de febrero: «Desde que iniciara sus denuncias sobre los poderes oscuros, Sánchez se ha visto con 38 responsables de grandes corporaciones, ninguno español. El acoso verbal, primero, y fiscal, después, del Jefe del Ejecutivo sobre una teórica plutocracia española, una derecha económica que junto a la política y mediática buscarían torcer el brazo del “Gobierno de coalición progresista», comenzó en junio pasado, decayó algo a partir de noviembre y se ha vuelto a manifestar vigorosamente a partir de enero». Fue a finales de julio, en el contexto de los nuevos impuestos extraordinarios a banca y energéticas, cuando el presidente del Gobierno, hecho insólito en una democracia moderna, señaló con el dedo a dos grandes empresarios: «He escuchado las críticas de Ana Botín

y de Galán... y si Botín y Galán protestan es que vamos por la buena dirección». Este jueves noche el golpeado fue el presidente de Ferrovial: «Del Pino no es un empresario comprometido con España», añadiendo que va a seguir de cerca la evolución de este episodio. Atención, Rafael, cuídate. El jefe de «la banda» que desde junio de 2018 gobierna España te amenaza como cualquier vulgar capo mafioso.

Conviene decir que la salida en tromba de la práctica totalidad del Ejecutivo contra la familia Del Pino por haber tomado la decisión –que deberán ratificar los accionistas en junta general– de trasladar la sede social de Ferrovial a Holanda tiene algo de puesta en escena, de teatro del guiñol, de engañosos



sobreactuado destinado a desviar la atención sobre el asunto que de verdad les preocupa. Nada es lo que parece en un Gobierno que ha hecho de la mentira su santo y seña. Es cierto que la iniciativa de Del Pino, a quien hay que reconocer que le ha echado un par, ha cabreado sobremanera a un Sánchez

cuya imagen, esa imagen que de sí mismo ha vendido en el exterior y que las lamentables gentes de Bruselas parecen haberle comprado sin el menor escrutinio, queda dañada por un episodio que podría afectar a sus aspiraciones europeas. Es verdad, también, que la iniciativa ha roto la supuesta adhesión que buena parte del empresariado español ha venido mostrando a este granuja desde hace tiempo, algo de lo que ha presumido con fruición, no obstante lo cual, lo que ahora mismo tiene en vilo al PSOE es el escándalo del «tito Berni» y el dinero público, ese que supuestamente se destina a «sanidad y la educación», malgastado en clubs de alterne. Es la sangría del «tito Berni» en calzoncillos entre putas y rastros lo que tiene a Sánchez en un sin vivir, cabreo en vena de Juan Español, bomba de racimo que retrata en el imaginario colectivo al peor PSOE, el de Luis Roldán, el de Juan Guerra, el de «m'ijo tié dinero p'asar una vaca», el EREgate de Griñán, el putiPSOE, la vuelta de esa izquierda golfa amorrada al dinero público de siempre.

A tres meses de municipales y autonómicas y a ocho de generales, eso es dinamita para las urnas socialistas. Por eso cargan las tintas contra una de las grandes fortunas españolas –en un país tan carente como necesitado de ellas–, en la esperanza de que el sectarismo y el odio de clase que con tanta eficacia ha sembrado este Gobierno mendaz haga olvidar al frutero, al taxista, al ama de casa, el aberrante episodio del «tito Berni», un escándalo de corrupción atiborrado de esa caspa, ese barro, ese desaliño que solo puede prosperar en gentes reñidas con la elemental higiene de una concepción liberal de la vida en sociedad. Dicho lo cual, el episodio de Ferrovial entraña, en mi opinión, la máxima importancia, en tanto en cuanto pone sobre la mesa un asunto

capital para la prosperidad, también para las libertades, colectivas: la existencia de un Gobierno hostil a la actividad empresarial, un Gobierno enemigo de la libre empresa, un Gobierno convertido en un peligro para el nivel de vida de todos y cada uno de los españoles.

La decisión del consejo de administración de Ferrovial, además de legítima, parece tener todo el sentido. Lo explicaba aquí muy bien Juan T. Delgado («Ferrovial se hace un Uber y otras bofetadas para Sánchez») este miércoles. Desde Príncipe de Vergara 135 se han esforzado en dar todo tipo de explica



ciones para justificar el movimiento, enfatizando que tendrá un mínimo impacto en su actividad en España. Todo ha sido en vano. Porque ministras y ministrillos han salido en tromba, maricón el último. Oír hablar de «patriotismo» a Sánchez, escuchar la palabra «patria» en boca de un personaje que ha indultado a delincuentes confesos, suprimido el delito de sedición, abaratado la malversación, puesto

en la calle a violadores, etc., etc., que ha dejado, en suma, a la nación indefensa ante sus peores enemigos, es sentir esa «patria» arrastrada por el barro de quien, rehén de todo tipo de extremismos, está dispuesto a seguir tirando del faldón de una España que hoy camina zombi, malherida, por el páramo ibérico, convencidos todos de ser apenas manantial, como la familia Del Pino, como las clases medias españolas en su conjunto, al que exprimir a impuestos, al que esquilmar en beneficio del sátrapa y su troupe, Sánchez y su banda.

Dice la patética Calviño que este Gobierno tiene muchos amigos empresarios. Me extraña. No creo que los Botín, Pallette y compañía estén hoy dispuestos a dejarse ver al lado del pájaro. Dudo que Fainé apueste por él un penique, y menos aún Sánchez Galán. No creo que Ortega o Roig perdieran un minuto por sentarse junto a Belarra, Montero & Cia. Sé de cenas celebradas esta semana en Madrid en las que empresarios de copete –¿qué tal, José Manuel Entrecañales– celebraron como propia la victoria moral de un Del Pino a quien la violenta reacción de esta patulea ha venido a dar la razón si es que no la tuviera. El empresario amigo es, debe ser, el millonario comunista Roures, titular de Mediacapital BV, holding con sede en Holanda desde hace 20 años y dueño de Mediacable, la firma a través de la cual financia un diario en internet y «Canal Red», la televisión de Pablo Iglesias. Empresario amiguísimo debe ser Juan Manuel Serrano, presidente de Correos por decisión de su sanchidad, el nepotismo al poder, que ha puesto a la empresa pública al borde de la quiebra. También, un suponer, los Rosauero Varo o el brillo de esa nueva «beautiful» dispuesta a enriquecerse al calor de Moncloa, por no hablar del gran Javier de Paz, el hombre que estos días trata de unir las piezas rotas del jarrón empresarial socialista, punto de engarce entre su Gobierno y el de Za-

patero, con amigos tan poderosos como los presidentes de la Audiencia Nacional y del Constitucional, o la Justicia al servicio de la Política bajo el siniestro manto del gran corruptor.

Y uno tiene la sensación de que Ferrovial no ha dicho una palabra sobre la primera razón, la verdadera, de este viaje a Holanda, ni más sobre lo más relevante, sobre el miedo que hoy late en cualquier planteamiento empresarial que se haga en España, el temor que suscita la incertidumbre regulatoria y el pánico a invertir en un país que soporta un Gobierno abiertamente hostil a la empresa, que considera al

empresario poco menos que un delincuente dispuesto a enriquecerse con la plusvalía del trabajador, vuelta al siglo XIX, un Ejecutivo para quien la empresa es apenas un bulto sospechoso al que freír a impuestos con los que atender «a la gente», esa gente que en voluntaria servidumbre nos entregará después su voto,



qué menos, pero dinero con el que «tito Berni» y sus señorías se pagarán sus juergas con izas, rabizas y colipoterras. Un Gobierno que ha subido impuestos, o los inventa por razones «extraordinarias», decenas de veces en los últimos años, que ahoga a las empresas con cotizaciones sociales y una catarata legislativa –auditorías, controles, barreras–, insoportable, que anuncia subvenciones en el BOE y las archiva sin previo aviso, todo en un intervencionismo atroz de difícil digestión. Una carga fiscal y legislativa onerosa que, si soportada con cierta resignación por las grandes, hace muy difícil la vida a los millones de pymes (todas refugiadas bajo el paraguas de los 50 empleados) de las que depende la parte del león del empleo en España. Un Gobierno al que, más allá de la propaganda, no le preocupa gran cosa el empleo porque está convencido de que es el Estado quien debe proveerlo. Empleo público, naturalmente.

En lo ocurrido tiene su parte de responsabilidad el tradicionalmente silente, por no decir cobarde, empresariado español. Los Ferrovial et alii no han movido un dedo, que se sepa, para defender el Estado de Derecho, la seguridad jurídica de los negocios y el libre emprendimiento. Porque es probable que el destrozo al que estamos asistiendo no hubiera tenido lugar si esta gente, con evidentes especiales responsabilidades, hubieran tenido valor cívico bastante para emitir opinión, simplemente eso, denunciar lo que estaba ocurriendo. Asistir estos días en directo al desmoronamiento del sanchismo, con Prisa y RTVE como adelantados del espectáculo, produce el regusto amargo de la venganza por fin cobrada aunque salpimentada por el daño insoportable a los arbotantes de un sistema que ha soportado la convivencia y la prosperidad de este país desde la muerte de Franco. Es, conviene repetirlo una vez

más, el resultado de aquella gran charlotada que terminó siendo la expulsión de Sánchez de la secretaria general del PSOE después de que le descubrieran metiendo papeletas en una urna tras una cortina en Ferraz. Otoño de 2016. Lo echaron, pero lo dejaron vivo. Y poco después le entregaron las llaves del tesoro. Todo lo que el asturiano Javier Fernández temía que el «patriota» pudiera perpetrar, lo ha perpetrado en estos casi cinco años de estancia en Moncloa. Todo y por su orden. Todo y con total impunidad. En la seguridad de que todo le sería permitido por un país que ha terminado sin pulso. Echarle, echarlos, se ha convertido en una cuestión de supervivencia para España.

«Caso Mediador»: prostitución e hipocresía

«El Gobierno carece de credibilidad para enarbolar las banderas con las que viene intentando patrimonializar ideológica y electoralmente el feminismo»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio

Resulta que los valedores de esta corriente del feminismo tutelar, victimista y mojigato –que pretende guiarnos a las mujeres por el camino de la virtud colectiva– son una banda de hipócritas. A estas alturas, no debería sorprender a nadie.

Más allá del carácter presuntamente delictivo de algunas de las actuaciones en las que pudieran haber incurrido los miembros del partido socialista involucrados en el caso conocido como Mediador –algo que corresponde dilucidar a la justicia–, es incuestionable que las noticias que se van publicando evidencian una tremenda contradicción entre la beligerancia discursiva contra la prostitución del PSOE y la afición por esta actividad de varios miembros del partido.



En la trama presuntamente encabezada por el «Tito Berni» –sobrenombre del exdiputado socialista Juan Bernardo Fuentes– confluyen

todos los elementos de un entramado de corrupción chusco y castizo que podría servir de inspiración para el guion de la próxima película de Torrente: fiestas con putas, alcohol y cocaína en las que se reunían empresarios y políticos socialistas para celebrar «acuerdos» que formalizaban en el mismísimo Congreso de los Diputados o incluso en la sede de la Guardia Civil de Madrid. Se investiga si los cabecillas ofrecían a los empresarios privilegios en el ámbito de la contratación pública a cambio de sustanciosas mordidas.

No podemos olvidar que, tras la moción de censura, uno de los baluartes sobre los que el sanchismo construyó su discurso feminista fue, además del

«hermana, yo sí te creo», el de la prohibición de la prostitución voluntaria. En agosto de 2018, el presidente Sánchez anunció la impugnación de la «Organización de Trabajadoras Sexuales» afirmando que: «La prostitución no es legal en España y este Gobierno no dará respaldo a ninguna organización donde se recoja esa actividad ilícita». En su discurso de clausura del 40º Congreso Federal del PSOE (octubre de 2021) Pedro se comprometió a impulsar la ley que prohibirá la prostitución en España y a sancionar a los clientes de esta práctica.

Si por una vez a Su Persona le diera por cumplir con su palabra, no le quedaría otra que renegar de su partido y multar y/o expulsar a no pocos altos cargos y diputados socialistas por recurrir a lo que él considera una actividad no amparada por la legalidad. Memorables son las palabras del infame presidente de la Comunidad Valenciana, el socialista Ximo Puig, cuando en aquella ponencia definió a la prostitución como «el último símbolo de perversión de la esclavitud que no puede permitirse en ningún país decente», para cuya erradicación proponían sancionar a particulares, terceros o locales que se beneficiasen de dicha actividad.

No podemos olvidar tampoco el tuit del diputado José Zaragoza, mamporrero socialista en el Congreso y serio aspirante a ocupar un puesto en el pódium de los más indeseables de nuestra política patria, en el que nos aleccionaba



sobre la moral correcta a profesar para adquirir la consideración de ciudadano políticamente correcto: «Los puteros son violadores. Sin puteros no hay prostitución. Sin prostitución no hay trata. Pagar por poner a una mujer al servicio del deseo sexual es esclavizar #aboliciónprostitución». Alguien podría pensar ahora, a la

vista de todo lo publicado sobre la involucración de destacados socialistas, que Zaragoza opinaba en condición de miembro de un comité de expertos. ¡Para que luego digan que en el Gobierno jamás han existido!

El ejercicio de hipocresía por parte del PSOE hacia las trabajadoras sexuales es tan brutal que podríamos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que responde a la mala conciencia del pecador que pretende expiar sus pecados señalando las faltas de los demás. Una buena muestra más de esa máxima de la política tan presente en nuestra izquierda patria, de «haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago». Con más de 600 agresores sexuales beneficiados por la ley del solo sí es sí y este escándalo en torno a la prostitución, el Gobierno carece de credibilidad para seguir enarbolando las banderas con las que viene intentando patrimonializar ideológica y electoralmente el feminismo. Han estafado a muchos españoles, incluidas no pocas mujeres, sin que sus patrañas y engaños les hayan llevado a asumir ningún tipo de responsabilidad.